

Compañero de viaje

FERRAN GALLEG

Ahora que el tiempo ha dado algunas vueltas, girando sobre sí mismo con esa inercia absorta de los planetas. Ahora que la polvareda levantada por el suceso ha dejado deizar figuras descompuestas en el aire y va depositándose, agotada, convertida en ceniza, en recuerdo, en pretérito perfecto. Ahora que de la urgencia de los periódicos ha ido desertando la aflicción de los homenajes. Ahora que los amigos sin consuelo, los conocidos de superficie y los escritores laureados han cruzado la delgada línea roja del dolor inmediato, para poner al poeta muerto junto a los escombros de otras pérdidas. Ahora que lo normal es hablar de otras cosas, en este mundo vertiginoso en que una semana parece una fase glaciar, que extingue especies poco adaptadas y deja sobrevivir solamente a los más fuertes. Ahora, cuando parece que es demasiado tarde, yo quisiera decir algo de José Agustín Goytisolo. O, más bien, de lo que Goytisolo ha hecho conmigo. Porque, como en un homicidio o un amor involuntario, con él las cosas sucedieron sin que yo las buscara, vinieron a por mí, hace ya muchos años. Porque de todo hace ya demasiado tiempo.

Como a una buena porción de mis compinches de edad, Goytisolo llegó con la voz bronca, con la aspereza tierna de Paco Ibáñez. Era siempre en fines de semana, en una casa ajena donde se ejercía la efímera eternidad de los amores juveniles. Durante aquellas tardes de libertad bajo palabra, de rendición incondicional a la exigencia de los sentidos, los dos escuchábamos los versos de Celaya, de Otero, de Quevedo, de Goytisolo. Llegaba la música desde el tocadiscos del salón hasta el dormitorio, sumergido en una penumbra intensificada por la impresión clandestina de los juegos prohibidos. Y, sobre el cuerpo de ella, silencioso y cansado, como si contaran las pausas de su respiración, las canciones nos prometían que las cosas iban a cambiar: el mundo y sus gobiernos, las tierras y sus siervos, la sociedad y las trampas de la historia. Los bondadosos o ingenuos cantores de la poesía social no nos alarmaban explicándonos una evidencia atroz: la parte de nosotros que se iría quedando en el camino. A veces, personas enteras que decidieron bajarse del planeta en marcha. A veces, lo mejor, lo más intenso de nuestra propia forma de vivir.

Veo el rostro de Goytisolo, el rostro que nunca llegué a ver más que en la distancia prudente de las fotografías. Su sonrisa de burlón doliente, de no estar de vuelta de nada



El poeta José Agustín Goytisolo.

y de resignarse a que la mayoría abandonara los senderos de gloria hacia el paraíso terrenal. Tiene a Julia abrazándole la consistencia de su amargura serena y lúcida. Aquella Julia que yo imaginaba en las duermevelas de los fines de semana, mientras el poema sobrevolaba en la gozosa sensación de pérdida de tiempo que nos invade después de cumplir con el deseo, en la densidad de un cuarto a oscuras.

Julia cruza el pecho de José Agustín con el brazo, detiene la palma de la mano su corazón, mientras los dos sonrían a la cámara desde una sonrisa a medias, desde una complicidad que no nos concierne. Y cercando la fotografía, la disciplina del poema para Julia, de aquellas palabras que todos compartimos, porque eran para todos. Para nosotros: los insolentes, los furiosos, los inútiles compañeros de viaje.

bulevar@el-mundo.es